

MONSEÑOR FERNANDO ARIZTIA:

La Nueva Voz de la Iglesia Chilena

Por RAQUEL CORREA

RIE en forma moderada. Casi no gesticula. También habla despacio y en frases breves, concisas. Pero, tras esa aparente levedad, existe mucha fuerza en el nuevo presidente de la Conferencia Episcopal.

Monseñor Fernando Ariztia, Obispo de Copiapó —consagrado por el Cardenal José María Caro y Obispo Auxiliar del Cardenal Silva Henríquez en tiempos difíciles— es modesto, en realidad.

—Soy muy fome, resume él con llaneza.

Pero en verdad no lo es. Con su lenguaje directo, su infinita buena voluntad, su falta de aires purpurados.

Raramente usa el alzacuellos o clergyman característicos de su condición. Prefiere andar en mangas de camisa, como cualquier mortal. En el anular lleva el anillo de oro que le regaló su madre cuando fue ungido Obispo. Está hecho con las argollas matrimoniales de sus padres con una pequeña cruz como todo adorno. Al cuello cuelga una cruz de plata (aparentemente) con una piedra semi-preciosa al centro: se la regalaron en Puebla, en aquella histórica conferencia mexicana de los obispos latinoamericanos que bien podría dividir la historia de la Iglesia continental en "antes de" y "después de".

—Y para usted, ¿qué acontecimiento es más importante, monseñor: el Concilio Vaticano Segundo o el encuentro de Puebla?

—El Concilio Vaticano. Lo de Puebla fue una manera de aterrizar el Concilio en América Latina, con la Carta del Papa Paulo Sexto.

Los lirios del campo

No se le veía cómodo al comienzo en ésta su primera entrevista periodística desde que fue elegido vocero de la Iglesia Católica. En verdad, tampoco estaba nada de contento con su nueva responsabilidad. "Por mí —explica— habría preferido que eso no pasara". Pero se resigna con esa mansedumbre de aquellos que tienen su vida puesta en manos de Dios.

Monseñor Ariztia (66 años) se ha sentido siempre llamado a evangelizar a los pobres, según sus propias palabras.

—¿Los ricos no necesitan ser evangelizados?

—Por supuesto que sí. Pero es más difícil: porque quien tiene el dinero, las relaciones sociales, suele tener su confianza más en su seguridad. En cambio quien se siente frágil, débil, pobre, trata de tomarse de la mano del Señor. Son sus preferidos y están más abiertos a El.

—Entre el refrán: "A Dios rogando y con el mazo dando"; y "Mirad los lirios del campo..." ¿con cuál se queda?

—No son contrapuestos. El hombre ha sido puesto en esta tierra pa-

● "Por ningún motivo los curas deben quedarse en la sacristía".

● "Aún hay casos de derechos humanos pendientes. En ese plano se ha hecho poca justicia en Chile".

● "Yo no me siento ni de izquierda ni de derecha; me siento comprometido con el Evangelio".

● "Mucha gente va a la Iglesia Evangélica por una gran hambre de Dios que los católicos no hemos sabido satisfacer".



"Todavía tenemos una Iglesia muy clerical".

"La doctrina de la Iglesia no impide que las mujeres sean sacerdotes".

rra? ¿Los hombres, las estructuras sociales...?

—Nosotros mismos. Porque las estructuras nacen del egoísmo del hombre. Las estructuras injustas influyen en el hombre pero es el hombre quien crea las estructuras.

El nuevo mundo

—Cuando cambió el régimen se dijo que los militares debían volver a sus cuarteles y los curas a las sacristías. ¿Lo han hecho los curas?

—Depende de qué se entienda por volver a la sacristía. Comúnmente se entiende que la Iglesia debe estar sólo en el campo de lo espiritual, mar-

ginada de todo lo que es la vida humana, es decir la vida social, económica, política, cultural. Yo creo que la Iglesia tiene un papel de no intervención en la vida económica o la vida política, pero sí de ayudar con los criterios del Evangelio.

—¿Los curas NO deben estar en la sacristía?

—Por ningún motivo los curas deben quedarse en la sacristía. El problema de fondo es "para qué es la Iglesia. ¿Es para sí misma o para el mundo?". Y el Concilio Vaticano Se-

gundo nos planteó esto muy claro: una Iglesia servidora del mundo. Entonces, los sacerdotes —que somos parte de la Iglesia— tenemos una misión que no se limita solamente al campo de la liturgia y de lo sacramental sino, también, debemos ayudar a que el Evangelio impregne la vida humana.

—Pero Cristo dijo "Mi Reino no es de este mundo"...

—Acabamos de celebrar la fiesta de Cristo Rey. El reinado de Jesucristo no es al estilo de los reinos de este mundo; del poder, de las influencias, del dinero. No es reinado de imposición sobre la gente. También nos dice Jesús "El Reino de Dios está dentro de vosotros". Y, en todo caso, el Reino de Dios se construye en este mundo.

La Vicaría solidaria

—Usted fue uno de los fundadores del Comité de Cooperación para la Paz de Chile...

—Se buscó un nombre bastante largo: no se quería que fuera conflictivo. Nació oficialmente el 4 de octubre de 1973, el día de San Francisco de Asís, un santo que me gusta mucho: interpreta tan a fondo el Evangelio.

—Después le sucedió la Vicaría de la Solidaridad recién terminada. Fue muy controvertida...

—Sí. Yo recibí críticas personales también. Recuerdo un diario de la tarde que en letras rojas, en primera página, publicó: "Ariztia, obispo católico - Frenz, luterano; cura Salas, jesuita. TRAIADORES A CHILE". Esa acusación se debió a un informe del Comité de la Paz que se filtró y apareció en un periódico de México. Ahí se informaba de una serie de casos de violaciones a los derechos humanos, a la tortura y la persecución en Chile. Entonces se atacó muy fuertemente al Comité y a mí.

—¿Afirmaría ahora que ese informe era justo?

—Desgraciadamente, sí.

—¿Responsabiliza a los militares?

—Yo le respondo que, desgraciadamente, no fueron casos aislados, sino que fue un sistema que buscó imponerse por la fuerza; crear terror. Yo vivía en La Herminda. Una persona llegó a decirme que tenían un herido en la casa. Fue el 13 de septiembre; era un brasilero que había llegado hacía seis días a Chile y que fue tomado prisionero junto a otras cuatro personas. Los soltaron y les ordenaron huir... Entonces los ametrallaron. Todos murieron, menos él. Lo encontraron herido en el Mapocho. Me preguntaron qué hacemos con él...

—¿Usted no pensó entregarlo?

—¿Entregarlo? Ah, por ningún motivo. Lo fui a buscar en mi citro-

(Continúa en la página D 8)



Fotos: VICTOR CALZADILLAS

La Nueva Voz de la Iglesia Chilena (Viene de la página D 7)

neta, y lo lleve a una comunidad de religiosas.

—¿No pensó que podía estar amparado a un terrorista?

—... Pensé que estábamos amparando a una persona herida.

—A su juicio, ¿quién está en desgracia debe ser amparado sea cual sea su condición?

—Todo hombre tiene derecho a un juicio justo; nadie puede ser liquidado sin derecho a defensa... Fue el primero de muchos casos.

—¿Nunca pensó que a quien usted auxiliaba podía haber asesinado a inocentes?

—En ese momento, no. Yo trataba de no saber quién era la perso-

na. ¡Nunca preguntamos de qué partido, de qué religión!

—En el supuesto de que la justicia condenara al general Contreras y él estuviera huyendo... ¿lo auxiliaría?

—... Habría que pensarlo más.

—¿Por qué? ¿Doble standard?

—No. Porque hoy día existen los

cauces jurídicos, las posibilidades de defensa que en ese momento no existían. Si él llegara a golpear mi puerta, naturalmente se la abriría, lo haría pasar y ahí conversaríamos qué hacer.

—¿Ya no es necesaria una Vicaría de la Solidaridad?

—Hay casos pendientes pero

existen otros caminos para tratarlos.

—¿Encuentra que se ha hecho justicia en Chile en este período?

—Poca. En este plano, poca. En Copiapó sepultaron hace dos años a los masacrados por el helicóptero que pasó por allá... Pero aún hay cadáveres que no han aparecido.

—¿Es responsabilidad del Go-

bierno? ¿Ha sido negligente?

—La responsabilidad es de quienes los mataron y que aún no han dicho dónde los escondieron.

¿Zquierdización?

—Mirando los hechos desde la perspectiva del tiempo, ¿diría que la



“La crisis moral en Chile y en el mundo no sólo se debe al sexo y a la droga. También que haya gente con riqueza de grado internacional y gente con problemas de sobrevivencia”.

“Educación Sexual No Es Enseñar a Usar Preservativos”

UNA foto de don Enrique Alvear, “el Obispo de los Pobres”, está frente a su escritorio en calle Cienfuegos, primera cuadra. Monseñor Alvear ya era sacerdote cuando Ariztía entró al Seminario. Y, muy probablemente, si esa foto no hubiera estado allá, él la habría puesto.

—Fuimos amigos —dice—, trabajamos mucho juntos. Era un hombre de un fuego apostólico muy grande. Estuvimos años en misiones distintas y después nos reencuentramos como obispos auxiliares del Cardenal Silva. A monseñor Ariztía le correspondió ser Vicario de la Zona Oeste de Santiago, la más pobre. Y él vivía en aquel entonces en la población Herminda de la Victoria (“no en la Victoria del padre Pierre Dubois”, puntualiza). Su zona abarcaba desde Matucana hacia el aeropuerto, Estación Central, Maipú.

—En ese tiempo, ese sector tenía unos 800 mil habitantes y más de la tercera parte vivía en campamentos de operación sitio o de tomas de terreno. Y yo me fui a vivir allá.

—¿Se tomó un terreno, monseñor?

—No. Compramos una mejora.

—¿Lo hizo para vivir como los pobres?

—Más que vivir como ellos para vivir cerca de ellos. Porque vivir como los pobres es contar con la inseguridad de los pobres y yo no tenía esa inseguridad: el día que uno quería se podía mandar a cambiar de ahí.

—¿La gente lo quería?

—Al principio la entrada fue difícil.

Seminarista con estudios de Teología en la U. Católica “como todos”, no se considera un teólogo él. Tampoco un intelectual.

—Yo he sido siempre más bien un pastor en la base.

Al comienzo de su carrera sacerdotal trabajó varios años como asesor de la Juventud Obrera Católica (JOC) y a nadie podría ca-

● “Sería bueno que los matrimonios que la Iglesia declara nulos pudieran anularse automáticamente en lo civil”.

berle dudas: su preferido es el mundo popular.

Cuando habla de los pobres, su rostro ascético se dulcifica y se le llenan de luces los ojos detrás de los lentes ópticos.

Sombra iluminadora

Su propio origen es socialmente acomodado. Su padre tenía tierras en Melipilla y La Calera, y su madre le transmitió una fe muy profunda. Nunca pensó, sin embargo, de niño, ni siquiera de joven, en convertirse en sacerdote. Sexto de ocho hermanos, quería estudiar medicina. Pero justo al salir del colegio (Instituto de Humanidades Luis Campino), cayó enfermo. No sabe precisar cuándo surgió su decisión de entrar al Seminario, pero piensa que, en meses de reposo — por una sombra al pulmón—, vivió el proceso que marcó su vida. Antes de eso tuvo amigas y “pololas también; ya deben ser abuelitas”, sonríe sin malicia.

—¿Y a usted no le habría gustado ser abuelito?

—Mire, uno se siente tan padre de mucha gente. Gente a la que uno bautizó, o casó... Se siente vinculación con mucha gente.

Y mucha de esa gente tiene los domingos, en Copiapó, la ocasión de darle la mano al obispo que sale a la puerta del templo a despedir a los feligreses.

Destaca, en el origen de su revelación sacerdotal, la lectura de “La historia de Cristo”, de Papini.

También reconoce la influencia de don Jorge Gómez, iluminador de varias generaciones.

De gustos sencillos, no tiene nada de “gourmet”; le da lo mismo lo que come. Acostumbra dormir su siesta aunque sean 10 o 20 minutos. Con llaneza declara: “no tengo ningún don” y siente que está demasiado atochado de trabajo. Aspira a “una vida más humana”.

—¿Cuál es el peor pecado?

—El egoísmo. Y la soberbia, que hace que el hombre se crea Dios y entonces Dios no puede penetrar ahí.

—¿Cree en el Infierno?

—Sí.

—¿Cómo se lo figura? ¿Con fuego, diablos y tridente...?

—No. Esa es una manera infantil que hace mucho mal: a los niños se les inculca un Dios castigador en vez de un Dios que es amor, y a los adultos los hace tomar esto como un cuento infantil.

—Si usted fuera asesor de Dios en el Juicio Final, ¿a qué tipo de gente le sugeriría que mandara al infierno?

—¿Caramba, qué difícil!... Pero, por suerte, Dios no necesita asesores. Yo me imagino a Dios como alguien sumamente bueno, comprensivo, que nos quiere mucho, que va a premiar todo lo bueno que hagamos y va a reconocer a sus hijos y los va a llamar y acoger.

—Con ese criterio, el infierno se va a quedar vacío...

—Ojalá —contesta y ríe a carcajadas por única vez.

El divorcio

—En cuanto al divorcio, ¿no cree que la Iglesia debiera tener una actitud más abierta frente a la ley civil, considerando que ella misma declara matrimonios nulos?

—Por un lado, “que no separe el hombre lo que Dios ha unido”; por otro, uno se encuentra con muchos matrimonios nulos en su origen por falta de madurez o de libertad. La Iglesia, en ciertos ca-

sos, considera que el matrimonio fue nulo en su origen.

—¿Por qué oponerse, entonces, a una solución civil en casos especiales?

—La norma es que el matrimonio es un sacramento indisoluble, pero puede haber causales que hacen nulo el matrimonio en su origen... El divorcio es un problema humano bien serio; creo que debemos trabajarlo más. Uno se encuentra con muchas parejas buenas, sólidas, estables que no pueden contraer matrimonio. Creo que tendríamos que estudiar más una serie de casos de matrimonio civil en que la unión falló en su origen. Por ejemplo, pienso que sería bueno que los matrimonios que la Iglesia declara nulos pudieran anularse automáticamente en lo civil.

Centro de la vida

—Respecto de la reforma educacional propuesta por el Ejecutivo, ¿concorda con que se incluya el tema derechos humanos en la formación escolar?

—Sin duda alguna. Igual que la educación sexual. El problema es quién y cómo lo hace. Porque enseñar a usar preservativos no es educación sexual. Se trata de la educación de la afectividad. Hoy la publicidad contribuye de manera seria a convertir el sexo en el centro de la vida. Siendo una dimensión muy importante del ser humano, hay una dimensión más profunda que se desconoce: el sentido de la vida y de la trascendencia del hombre. Por otro lado, uno ve cómo hay hambre de Dios, de eternidad, de oración. Hay algo nuevo ahí que llena el corazón de esperanzas.

Y el obispo —que había concedido media hora en su paso por Santiago— ha conversado durante noventa minutos. Parte al aeropuerto para regresar a Copiapó, donde los feligreses esperan saludar a la salida de la iglesia cada domingo al pastor que escogió como lema “Para que tengan vida y la tengan en abundancia”.

El Obispo en oración. Por él, no haber sido elegido presidente de la Conferencia Episcopal y tener más tiempo para ayudar a los pobres e, incluso, estar más solo.

Iglesia no participó en política en el gobierno anterior?

—No. La Iglesia participó fundamentalmente en la defensa de la dignidad de la persona y de los derechos humanos. Que eso tiene una proyección política, es cierto.

—A usted lo califican como un sacerdote izquierdista dentro de una Iglesia que —según los entendidos— se va derechizando. ¿Usted cómo se siente?

—Yo no me siento de izquierda. Tampoco me siento de derecha. Me siento comprometido con el Evangelio y en el Evangelio hay ciertas preferencias: hay una opción de Jesús por los más pobres. Su propia vida señala cariño preferencial por los pobres, los enfermos, los marginados de la sociedad, los pecadores.

—Decía recién que se ha avanzado poco en cuanto a la justicia, ¿también se ha avanzado poco respecto de la marginación?

—Viendo lo que conozco más —Copiapó, Atacama— creo que se ha avanzado bastante en el campo de la vivienda; creo que no se ha progresado mucho en las condiciones laborales de ciertos seres humanos como los pirquineros, los temporeros. La última es una situación muy dura, muy difícil, muy destructora de personas y de familias.

Participación

—¿A qué atribuye el crecimiento de la Iglesia Evangélica?

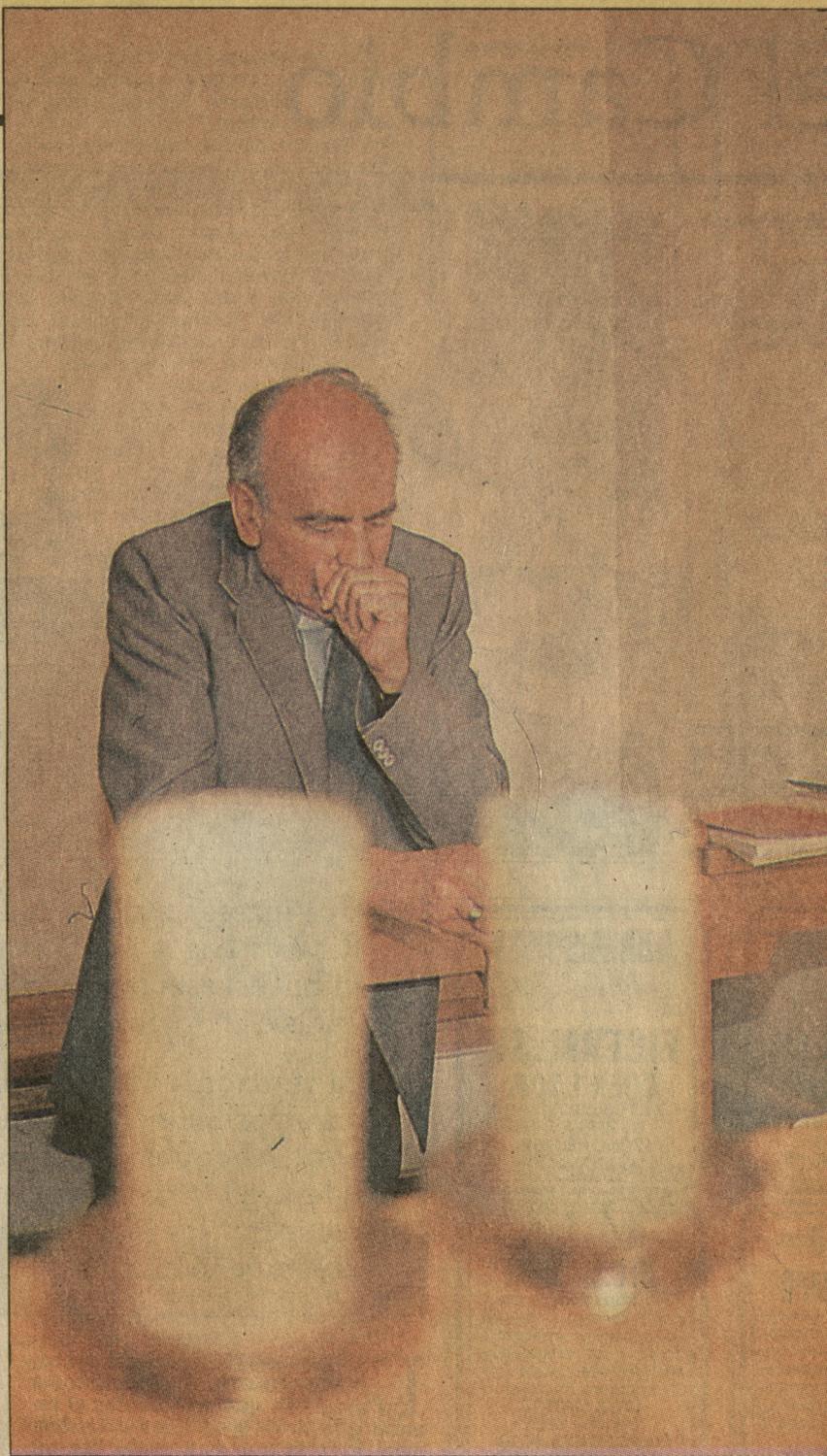
—A la sencillez de culto, muy participativo, muy vivo, alegre, esperanzador. Me parece que es un toque de atención para los católicos, aunque es sumamente rica la acción misionera que se está realizando y ha hecho que muchos católicos se pongan de pie... Pienso que mucha gente va a la Iglesia Evangélica por un gran hambre de Dios que los católicos no hemos sabido satisfacer. Todavía tenemos una Iglesia Católica muy clerical, muy centrada en la acción del clero y las religiosas. Aún falta mayor incorporación de los laicos. Las misiones nos han demostrado la posibilidad enorme que hay en el conjunto del pueblo católico de participar.

—¿Está de acuerdo con que las mujeres no puedan ejercer el sacerdocio?

—La doctrina de la Iglesia no impide que las mujeres sean sacerdotes, pero hay dos fuentes de nuestra fe católica: la Escritura y la tradición de la Iglesia. Y en la tradición —iluminada por la Escritura— nunca se planteó esa posibilidad. Es una tradición, nada más, que no está explicitada.

—¿Con la misma argumentación defendería el celibato eclesiástico?

—Es distinto. La Iglesia Católica de rito occidental no permite que los



sacerdotes se casen, pero la Iglesia Católica de rito oriental sí lo permite. Incluso hace algunos años unos pastores luteranos suecos que eran casados se convirtieron al catolicismo y fueron ordenados.

—¿El celibato eclesiástico parte del concepto del sexo-pecado?

—No. Pero para ser sacerdote hoy día se requieren como dos vocaciones: el ministerio sacerdotal y el celibato. Y el celibato no es posible sin una gracia especial del Señor. El sexo en el matrimonio es voluntad del Señor, algo santo. No existe doctrinalmente oposición a que el día de mañana puedan, hombres casados,

ser ordenados sacerdotes. ¿Qué es lo mejor? El tema se ha planteado, pero la línea actual de la Iglesia de rito latino va por el sacerdocio católico célibe. En el futuro dependerá de lo que diga el Señor. Es un tema reservado al Santo Padre que no es dogma de la Iglesia, sino una tradición.

En democracia

—¿Cuál es, monseñor, el papel de la Iglesia en democracia?

—Por un lado aparece menos en el campo público. Hay otros cauces: partidos políticos, Congreso, organi-



“El celibato eclesiástico no es dogma de la Iglesia sino una tradición. Podría cambiar la situación en el futuro”.



—¿Le pareció lógico que se le pidiera optar?

—Sí. Porque en Chile lo político divide mucho; nosotros no podemos ser ministros de la Eucaristía y, al mismo tiempo, estar en un bando político.

—¿Qué opina, en cambio, de los vicarios castrenses?

(Mira atentamente, se queda callado) ... Es bueno que haya sacerdotes capellanes de las Fuerzas Armadas. El asunto es cómo mantenerse como capellán, sin identificarse con un grado ni —como algunos de ellos lo han hecho— con las posturas políticas de la institución cuando ésta formaba parte del Gobierno.

Dos crisis morales

—¿Hay crisis moral en Chile, como denunció el arzobispo Oviedo?

—Yo creo que sí, tanto en Chile como en el mundo. Va tomando diferentes formas. Crisis moral no es solamente el problema sexual, de la familia, la droga. También son crisis moral todos los sectores que van quedando al margen de la vida por limitación económica; es crisis moral que haya gente con niveles de riqueza de grado internacional y existan otras personas con graves problemas de sobrevivencia.

—¿Cuál de las dos crisis le parece más grave?

—Las dos son graves.

Moral ¿objetiva?

—¿Cuál es, a su juicio, el “remedio” que la Iglesia debiera promover en contra del Sida? En el caso de un homosexual, por ejemplo, ¿exigirle castidad?

—Por un lado tenemos que plantear la grandes metas, los grandes valores. Aspirar a que la gente viva moralmente y, por otro lado, tenemos que ser sumamente comprensivos de las situaciones concretas.

—Esa actitud comprensiva, ¿incluye aceptar el uso de preservativos?

—Lo encuentro muy grave porque de ahí se pasa a considerar normal el uso de preservativos y la relación sexual como algo corriente, cayéndose en un relativismo absoluto.

—¿La moral es objetiva?

—Existen principios morales. La moral no depende de votos de mayoría ni de las costumbres. Tenemos que ayudar a la gente a crecer en su dignidad, en la valorización de su propia persona, del amor humano.

—Finalmente, ¿qué significa el hecho de que lo hayan elegido a usted presidente de los Obispos cuando se advertía una “derechización” de la Iglesia Católica chilena y vaticana?

—¿Qué significa esto? Es lo mismo que me pregunto yo.

zaciones diferentes. Su rol lo veo fundamentalmente en el plano del servicio, pero servicio con el Evangelio, para los criterios cristianos, en las diversas actividades de la vida pública. La Iglesia será un poco “pulga en el oído” en la vida económica; la tecnología, las exportaciones y la competitividad no resuelven todos los problemas.

—¿Le preocupan las comunidades de base, que suelen aparecer muy izquierdistas?

—Honradamente, no veo que exista ese problema; no veo grupos colocándose en la acera del frente, como marginándose. No.

—¿Qué relación tiene usted con el ex cura Maroto?

—Es sacerdote. Lo estimo mucho, lo quiero mucho; no estoy de acuerdo con su accionar político. Años atrás estuvo relegado en Inca de Oro y lo fui a ver. Me siento amigo suyo; hace poco lo visité porque estaba muy enfermo.

—Pero él escogió ser mirista en vez de ejercer el ministerio sacerdotal...

—Más que ser mirista, fue vocero del MIR. No estoy de acuerdo con él, pero respeto su opción. Con mucha pena renunció al ejercicio del ministerio.